



Colás

Ángel Guerra





1ª edición, abril de 2006

Colección: Cuentos para la Gua-Gua

Asesor Literario de la Colección
Plácido Checa Fajardo

© de esta edición: Dirección General del Libro, Archivos y
Bibliotecas

Edición no venal.
Depósito Legal: GC - 263 - 2006

Producción, diseño y realización: Cam-PDS
Rafael Cabrera 28, 35002 - Las Palmas de Gran Canaria
Tfno. y fax: 928 300 560
editorial@cam-pds.com | www.cam-pds.com

Imprime: Contacto

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización por
escrito de la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas.





Puso Colás en un rincón el balde, y, al verlo, desde la puerta, gritóle el amo:

—¿Acabaste?

—Sí, señor.

Era verdad. Limpia y brillante había quedado la inmensa cuadra. Como bruñidos refulgían, húmedos del agua, los guijarros del pavimento. Allá, en el fondo, humeaba el estiércol fresco, en un montón.

También el muchacho había aseado las bestias, hasta una docena de caballos, en venta y de alquiler, de todas las estampas, alzada, color y condiciones. Después de refrescarles la piel, quitándoles con la rasqueta el sudor reseco que





se pegaba reciamente a la pelambre, y peinarles, no sin cierto escrúpulo coqueteril, las crines Colás, agachado, afanábase en bruñirles los cascos a las caballerías. Andaba de mal talante Jacobo, el amo, aquel día. Apenas se estrenó. Con bastante regateo, a un precio exiguo, un muchacho le había alquilado uno de los caballos para ir a ver a la novia a un caserío cercano. Nada; una miseria. Renegaba Jacobo.

—¡Vaya con estos golfinos! Con novia y sin dinero. ¡Y hay mujeres que los miren!

Era parroquiano. Una vez a la semana le alquilaba una caballería. Pero Jacobo, malhumorado, dábale la más vieja. Gracias que el pobre animal, apenas venteaba el camino, como si se apropiara las impacencias del galán, cobrando de pronto inexplicables bríos, rompía a correr, levantando al golpe de los cascos herrados una nube de polvo. Quizás, de joven, el pobre animal corrió los campos, vivió en la aldea, andan-





do veredas entre huertos reverdecidos. Por eso iba él también veloz hacia aquella novia, que, a la ventana, entre un marco rústico de yedra, sobre un festón de rosales salvajes en flor, los esperaba intranquila. Y mientras los amantes charlaban rezando en voz baja sus cariños, el caballejo pastaba a su antojo en el prado verde, bajo la sombra de los árboles, a la vera del agua que pasaba cantando por la acequia.

Malhumorábase más y más Jacobo aquel día cavilando que iba para dos semanas sin vender, con buena ganancia merced a sus mañas de chalán, ni siquiera una bestia. Allí estaban, junto al pesebre, comiendo y tragando, sin producir al menos un alquiler.

—¡Colás!

—¿Qué manda?

—Ensilla el *Lucero*. Si no lo ven, no lo vendo.

Obedeció el chico y comenzó a descolgar los arneses. Estaba contento. Quería Colás al





caballo más que a ninguno otro de los compañeros. Movíalo a este cariño quizás un sentimiento de piedad, tal vez un arranque de orgullo. Castigado estaba siempre *Lucero* en un rincón de la cuadra, con un nudo corredizo al cuello. Al primer tirón era posible que se estrangulara.

—Mejor —decía el amo—, ¡que se ahorque!

No podía echarlo, ni aun agudizando el ingenio en el engaño ni aturdiendo, al hablar, con hábiles mentiras.

A media ración lo había puesto, a ver si de esa manera se le quitaban los resabios. Mas, a escondidas, Colás daba al animal las sobras de las otras caballerías, cuando no les hurtaba buena parte del pienso.

Había corrido su fama con largueza. Nadie quería a *Lucero* en alquiler y mucho menos comprarlo al más ínfimo precio. Coceaba como loco, con un furor desatentado; plantábase re-





celoso, amenazante, en medio de los caminos. Cuando daba con el jinete en tierra pateábalo, mordía. A un fatuo, en olor de gran corredor, armado de grandes espuelas que le hicieron sangrar los ijares, derribólo de un salto brusco, dejándolo, tras cocearlo con furia, medio muerto, asfixiándose con el rostro enterrado en el polvo de una carretera. Después, el animal huía, espantado, como un asesino.

Con Colás era otra cosa. *Lucero* dejábase montar del chico. Piafante, caracoleaba, hacía corbetas, tendíase al galope, como si ambos, en una hora de libertad, se entregaran a un amigable regocijo. Tal vez el animal compadecía al chico. Cuando coceaba al amo, puede que no lo hiciera por vengar su propio castigo, sino condolido de aquellos golpes de vara que oía sonar, a cada momento, sobre las espaldas de Colás. Tiernos entonces los ojos siempre hoscos del animal volvíanse al muchacho al oírlo





sollozar en silencio, ahogando a violencia todo grito de dolor. Como si el coraje hostigara a *Lucero*, veíase temblar su piel con un sacudimiento de escalofrío y enseñaba, remangando el belfo, sus dientes amenazadores con ansias de morder.

También Colás era un desgraciado. Había caído en casa de Jacobo, recogido de limosna, como un perro abandonado. Al año de morir su madre entrególo su padre, como un pequeño hatillo, a unos arrieros para que en la distante ciudad le buscasen acomodo.

Ya tenía seis años y era preciso que se ganara la vida. Los arrieros entregáronselo a Jacobo para que lo recogiera en son de caridad. Llevaba allí cuatro años. No se le había pasado aún la nostalgia de la aldea. Rememoraba, en los instantes de soledad, antes de dormirse todas las noches, las veredas blancas por donde pasaban los rebaños sonando melancólicamente las





esquilas; la aceña, el pobre molino moviendo siempre el rodezno que removía el agua y salpicaba espumas; las albercas dormidas en la paz nocturna, casi sin rumores, blanqueando a la dulce claridad de las estrellas; el recio nogal, de añoso tronco y de pomposa fronda que escalaban para sorprender los nidos; el perro de una alquería que salía corajinoso, casi desdentado de puro viejo, ladrándoles hasta los vardales. Y sobre todo de su hermanita, Márgara, que lloraba de miedo cuando la dejaban sola. Y ahora, sin él, ¡cómo lloraría!...

Llevábanse Colás y el *Lucero*, por una simpatía extraña, como buenos amigos. Si orgullo sentía el muchacho al cabalgar, más orgullo traspiraba, al parecer, el animal al llevar sobre su lomo al minúsculo jinete. Maravillábanse todos de la bravura de Colás. ¡No era nada dominar los bríos indómitos de aquella bestia resabiada!





Creyendo que era una crueldad desaprensiva de Jacobo forzar al muchacho a tamañas aventuras, recriminábanlo:

—Es de mal corazón. ¡Cualquier día lo estrella! El amo, imperturbable, respondía:

—No hay cuidado. ¡Bah! Se conocen.

No había qué temer, es verdad. Ni siquiera hizo *Lucero* de las suyas al sentir sobre la silla al endeble cuerpo del muchacho. Si en cualquier movimiento rápido, en una revuelta del camino, notaba el animal desequilibrio en el jinete, hasta parecía que con un esguince hábil contrarrestaba el peligro.

No necesitaba espuelas Colás y casi ni las riendas. Bastaba una voz para que la bestia, en todo momento, parara en firme. Y para galopar, apenas sentía *Lucero* rozar, con suave presión, en su vientre los pies desnudos del muchacho, tendíase a la carrera.

Más que las rebañaduras de los piensos





ajenos y que el mismo esmero con que lavaba su piel y trenzaba su crin el muchacho, *Lucero* parecía agradecerle las palabras de mimo o de cariñoso regaño.

—¡Quieto, *Lucero*! ¡Que me enfado!

Y como si las palabras no tradujeran los sentires, Colás palmoteábale en el anca. Por su parte, *Lucero*, respingando, gruñía, fingiéndose enojado.

Así siempre. Eran dos buenos camaradas. Maltratados ambos por el amo, el abandono y la desventura parecían unirlos. Ya no le quedaba otro cariño a Colás. ¡Estaba tan lejos Mágina!...

* * *

Paráronse ante la puerta de la cuadra los dos hombres husmeando dentro con un curioso mirar. Tenían trazas de ser compradores de buena fe.

Al verlos, Jacobo acercóse a la puerta, poniendo en el saludo sus toscas cortesías de chalán.





—Adentro. Pueden verlo todo. ¿Quieren algo?

—Mirar por mirar —contestó uno.

Bien sabía Jacobo, acostumbrado a estos tratos y disimulas, que se las había con compradores, y por añadidura compradores sin malicia. Agarróse a las insinuaciones discretas para tantearlos mañoso, y hasta para asegurar la presa.

—Tengo bestias ahora como nunca.

A renglón seguido comenzó a contar las excelencias de cada caballería. No las había mejores en toda la ciudad. De carrera, ágiles en el andar, resistentes; de carga, utilísimas para el trabajo del campo; de tiro, gallardas enganchadas entre las lanzas de un carricoche. ¡Y qué abolengo y qué historial el de cada una! La fantasía en escape de Jacobo inventaba las más estupendas hazañas. Todas las bestias eran de buena sangre, sin mácula alguna en el cuerpo que las hiciera repudiar. El padre de uno era el





garañón mejor que se había conocido; el hermano de otro honraba las lanzas y los arneses del mejor coche de lujo.

Esto en cuanto al abolengo, que respecto a proezas propias, Jacobo no acababa de contar. Sólo por necesidad tenía a los caballos en alquiler. Bien sabía Dios que le apretujaban el corazón cada vez que un extraño, aunque pagara bien, cabalgara en uno de aquellos ejemplares sin par.

—Bueno, ¿y qué? —remataba, ¿qué quieren?, ¿de silla? Tengo cuatro.

—No; ¿y de tiro?

—Ahora no tengo más que uno; pero ¡qué estampa!

—¿Y precio?

—No se pregunta. Descuiden, que nos arreglamos.

Antes de enseñarles la bestia ponderó sus altas cualidades. No había caballería mejor, en-





ganchada. Fuerte, con un pecho robusto, recia la piel y sin una mala sahornadura de la collera; sano el casco, y firmes las patas, avezadas a los más penosos caminos. Luego, tenaz, resistente en el arrastre.

—Si nos ajustamos...

—Ya verán; no reñimos. Sólo que me llevan una alhaja; lo mejor que tengo en casa.

—¿Y cuál?...

—Ahora, ahora verán postura y ¡una estampa!

Los dos hombres, hasta entonces en el umbral del potrero, entraron.

—Esperen —díjoles Jacobo—, lo sacamos. Que le den una vuelta en la calle. A buen sol trato yo siempre para que vean que no hay engaño. ¡Se van a quedar bizcos viendo trenzar unas patas! Es lo mejor, la prenda de la casa. Si se lo llevan, me va a quedar pena de largo.

Como los compradores se detuvieran esperando, Jacobo gritó:





—¡Colás!

Una voz lejana respondió:

—¿Llama, mi amo?

—¡Baja!

Presentóse prestamente el muchacho. Como estaba en el pajar preparando las raciones de las bestias, venía en mangas de camisa, con el cabello espolvoreado.

—Saca el *Lucero* —díjole imperioso Jacobo.

Quedóse Colás perplejo. Hasta entonces no había reparado en aquellos señores que con el amo conversaban. ¿A qué vendrían? También las misma duda debió inquietar al caballo, porque revolvióse en el rincón con la cuerda al cuello, y miró hacia la puerta con unos ojos ávidos que semejaban querer interrogar. No había entendido el mandato del patrón, como tampoco lo entendiera Colás. Tras unas breves vacilaciones, temeroso del engaño o del golpe, sin saber qué hacer, aventuróse a una pregunta el muchacho:





—¿En silla?

—No, en pelo.

—¿Oyes? —gritó Jacobo—. Móntalo como está.

Comprendió entonces Colás la verdad entera. Iba a perder el amigo. Y era él, a quien *Lucero* se confiaba, domeñando su hurañía y sus locos ímpetus de mal resabio, el que iba a entregarlo. Sobre todo, a traición, engañándolo, haciéndolo aparecer dócil a la espuela y a la rienda, como si *Lucero* consintiera iguales altiveces a un extraño.

No era sólo el remordimiento por la traición lo que acongojó en aquellos rápidos instantes al muchacho. Era también un hervor de pena, que le horadaba muy hondo, lo que tan vivamente entristecíalo al presentir la pérdida para siempre del camarada. Y sin saber cómo, los gruesos lagrimones aparecieron en sus ojos temblando. Ya ¿qué cariño le quedaba? En ade-





lante, iba a ser horrible la vida en la cuadra, sin tener a quien dar aquella piedad con que tratara a *Lucero*, aborrecido y castigado. Las otras bestias, soberbias y regalonas, ni siquiera parecían agradecer los afanosos cuidados de Colás. Para ellas no debía ser un amigo; nada más que el criado de la casa.

También *Lucero* debió presentir su suerte, que se iba a jugar. Fiero engalló el cuello, con la brava actitud de desafío con que otras veces retara a los osados que intentaban cabalgar sobre su lomo violentamente estremecido. Después dobló la cabeza mirando con fijeza escrutadora al grupo estacionado a la puerta de la cuadra. Debió darse cuenta del trato en ciernes, porque hoscos y sañudos sus ojos miraron al amo primero y luego pasando rápida la mirada sobre los compradores, con un aire de desdén, volvió gallardamente la cabeza. Entonces, alcanzó a ver a Colás. Estremeciéndose, instintivamente, todo su cuerpo.





Al ver quizás los lagrimones en los ojos tristes del muchacho parecieron aguararse también los suyos. Se miraron ambos larga y dolientemente.

Como tardara, Jacobo gritó impaciente:
—¿Qué haces, Colás? ¡Avía!

Acercóse al animal el muchacho pesaroso. Iban a despedirse para siempre, sin mimos, en silencio.

Los hombres, en la puerta, apenas vieron. Las ancas de *Lucero* removiéronse, y alzó las patas traseras. Sonó un golpe seco, de casco herrado sobre algo duro, y oyóse un grito trágico de muerte. Y el animal, desesperado, tiraba más y más, con violento ahínco, de la cuerda anudada al cuello, estrangulándose.

Cuando abrieron los ojos, repuestos del susto, vieron que todavía, con las últimas convulsiones agónicas, el caballo revolvía, como abra-





Colás

zándolo entre sus patas, el cuerpo sangrando y lívido del chico, hasta que ambos, rígidos, brutalmente enlazados, quedaron tendidos e inertes sobre el suelo.

Bien lo oyeron todos. Colás, entre un borbotón de sangre, había dicho claramente un nombre: ¡hermana! Fue su palabra última. Si lo hubiese visto entonces, ella tan lacrimosa, ¡cómo lloraría Márgara!



La presente edición de Colás se acabó de
imprimir en las Islas Canarias para
conmemorar, el 21 de abril de
2006, el Día Internacional del
Libro con el objetivo de
fomentar la lectura de
las obras y autores
canarios

